

tono de chanza — el miedo á la muerte se hubiera extinguido en él ante la consideracion de que cada hombre llevaba, quien mas quien menos, un bellaco en el pecho, siendo el mas valiente el que mejor sabia ocultarlo (1). Por esto fumaba tranquilamente, durante la batalla de Gross-Gorschen, una pipa tras otra: tres balas le alcanzaron y otra mató al caballo que montaba, pero esto no le impidió en la noche del 2 de mayo dar la carga de caballería que hemos visto, ni el día 4, á pesar de los agudos dolores que en el hombro le causaba una de sus tres heridas, dirigir á sus valientes un discurso para tranquilizarles respecto de la marcha en retirada. «¡Buenos dias, hijos! — les dijo. — Esta vez todo ha ido bien: los franceses han sabido con quién tenían que habérselas. El rey os da las gracias — y al decir esto agitó su gorra de campaña. — La pólvora se ha acabado y por esto retrocedemos hasta detrás del Elba, donde encontraremos mas camaradas que nos traen pólvora y plomo, despues de lo cual volveremos á arrojarnos sobre los franceses, que luchan en medio de los mayores apuros. El que diga que nos retiramos es un bellaco, un mal hombre. ¡Buenos dias, hijos!» Este discurso fué acogido con estrepitosas aclamaciones de júbilo (2). Del dolor que le produjo el desastre de la batalla de Bautzen se consoló con la brillante victoria conseguida en la refriega que en Haynau acabó con la division Maison. Esta hazaña realizada por la caballería regocijó su corazón de húsar. Del disgusto que le causó el quietismo que el sobrado largo armisticio le imponía resolvió indemnizarse emprendiendo, como general del ejército de Silesia triplicado en su número, una campaña en la que el enemigo habia de acabar por perder el oído y la vista.

La experiencia iba á demostrar que el arma de que podía disponer para esta campaña era extraordinariamente afilada, pero su manejo era una tarea cuya realizacion debía constituir un mérito excepcional.

El ejército silesio de la campaña de otoño de 1813 contaba en conjunto 95,322 hombres (3) de los cuales solo 37,738 eran prusianos y los demás rusos. Los dos generales rusos, el baron Sacken y el conde Langeron, eran valientes soldados, pero tambien generales muy obstinados, que tenían á Blucher por «un espadon y nada mas» y consideraban muy dudosa la grandeza de su jefe de Estado Mayor Gneisenau. El general York, que como subordinado era muy difícil de tratar, tenía respecto de estos dos superiores formada una opinion que hacia imposible en él toda sumision noble: en Blucher veía al «general de húsares» á quien un partido impertinente de cabezas excéntricas concedía un prestigio que no tenía y atribuía cualidades de que carecía, y Gneisenau era para él el jefe de los «genios potentes», aficionados á los planes fantásticos, á los proyectos descabellados é injustos para con aquellos que, como él, pensaban seriamente en las dificultades de la ejecucion porque se acordaban «de los piés y de los estómagos, de las herraduras y de las piedras de los fusiles (4)». Estaba, además, profundamente indignado con el miserable equipo y pobre armamento de las milicias de Silesia, con las cuales se habia completado todo su cuerpo. Los paños habian tenido que ser tomados donde y como quiera que se encontraron; así es que á las primeras lluvias quedaron de tal manera destrozados que apenas cubrían los cuerpos y los brazos. Muchos batallones no habian recibido botas y los zapatos que les habian dado se quedaban clavados en el barro: en cuanto á los morriones, no les resguarda-

ban ni de los golpes ni de la lluvia (5). Las marchas con que comenzó Blucher su campaña en 14 de agosto y las contramarchas y combates á que dieron lugar fueron tan desgraciadas que en 25 del propio mes pidió York desde Jauer al rey que le relevara de un mando en el cual nada mas de provecho podría hacer. «Quizás mi educacion es demasiado limitada para comprender los grandes pensamientos en que se inspira el mando en jefe del teniente general Blucher. Pero lo que veo me enseña que las continuas marchas y contramarchas hechas durante los ocho dias de la reanudada campaña han puesto á las tropas que me están confiadas en un estado tal, que no permite esperar ningun buen resultado para el caso de que el enemigo tomara seriamente la ofensiva. El no haberla adoptado hasta ahora ha sido una suerte que ha evitado al ejército aquí reunido sucesos parecidos á los de 1806. Precipitaciones é inconsecuencias en las operaciones, noticias falsas, el hacer caso de todos los movimientos simulados del enemigo y además la falta de conocimiento de los elementos prácticos, mas necesarios que las ideas sublimes para la direccion de un gran ejército, son las causas que la experiencia desgraciadamente presenta como productoras de la ruina de un ejército antes de que éste pueda llegar al fin principal á que ha sido destinado, cuando convenga pelear (6)». Veinticuatro horas despues de escritas estas líneas trabóse la memorable batalla, á propósito de la cual debia perpetuarse la célebre frase de Blucher: «York es un hombre venenoso: no hace mas que razonar, pero cuando se lanza, muerde como nadie (7)».

Por la orilla derecha del furioso Neisse avanzaba, el día 26 de agosto, desde Jauer el ejército silesio, dirigiéndose al Katzbach con el intento de pasar este rio entre Goldberg y Liegnitz, mientras el mariscal Macdonald, que era el que iba á ser atacado, marchaba en direccion opuesta ajeno á todo cuidado. Los franceses atravesaron en Nieder-Krayn el Neisse y en medio de una lluvia torrencial, no esperando ataque alguno, subieron por un sinuoso camino hácia la meseta cuyos principales puntos son las aldeas de Janowitz y Eichholz. En estas mesetas se encontraban los cuerpos de York y de Sacken, mientras Langeron estaba en la orilla izquierda del Neisse en Hennesdorf y Schlaupe. Sacken tenía ocupadas las alturas de Eichholz con cañones de á doce que en seguida rompieron un nutrido fuego contra el enemigo, y en tanto que Sacken con su caballería cercaba á los franceses por la izquierda, la infantería de York los atacaba de frente. Los batallones de la brigada de Humerbein entablaron la lucha cuerpo á cuerpo con los tres batallones enemigos que se habian situado á la orilla del valle: los granaderos del batallon brandenbúrgués de Othegraven acometieron, presentando las armas y prorumpiendo en atronadores hurras, al cuadro del centro de los tres en que estaba formado el enemigo. «El cuadro, — dice un oficial de este regimiento, — se mantenía firme cual si estuviera amurallado. Nos aproximamos hasta llegar á dos pasos y por un momento nuestros soldados se encontraron de tal manera en frente de los franceses que por los dos lados aparecian como confundidos con ellos. Entonces los oficiales gritamos: ¡á ellos, á ellos! al oír lo cual los soldados, cogiendo los fusiles al revés, la emprendieron á culatazos con los franceses; y como nosotros estábamos formados en línea, en seguida quedó el cuadro cercado por la derecha y por la izquierda, trabándose en todos lados la lucha con las culatas y con las bayonetas. No habia que

(1) Wigger, pág. 407.

(2) Wigger, págs. 409-410.

(3) Plotho, tomo II, apéndice 6, pág. 45.

(4) Droysen: *York*, tomo III, pág. 11.

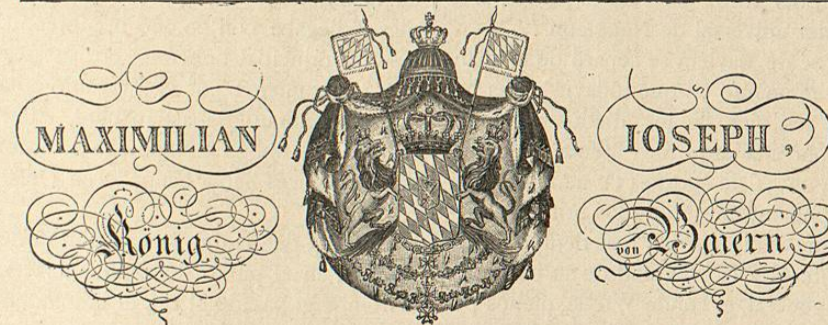
(5) Muffling: *Para la historia de la guerra de 1813 y 1814*, tomo I, página 5.

(6) Droysen: *York*, tomo III, pág. 45.

(7) Wigger, pág. 419.

pensar en dar cuartel; así es que á los diez minutos todo el cuadro yacia en el suelo, convertido en una pirámide de cadáveres. De aquel monton de cuerpos humanos lograron todavía salir con vida ó levemente heridos 150 hombres (1).» Blucher, al frente de la caballería y con el sable desenvainado, lanzóse á la pelea, decidiendo con su intervencion el combate. La caballería francesa, atacada de frente por los

prusianos y en los flancos por los rusos, emprendió la retirada arrastrando en pos de sí á la infantería hácia los abruptos bordes del valle. Mas de 8,000 jinetes combatian cuerpo á cuerpo en espantosa mezcla. La infantería y la artillería de los prusianos y de los rusos avanzaban en masa sobre los franceses, los cuales, cercados por todos lados y no encontrando salida, fueron precipitados por las vertientes y desfila



Maximiliano José, rey de Baviera

deros hácia el impetuoso Neisse y el Katzbach, y una vez allí, y como el único puente de Nieder-Krayn no podía dar paso á todos los fugitivos, millares de éstos se arrojaron á las aguas de aquel proceloso rio, en las cuales muchos hallaron la muerte.

Esta batalla de Katzbach fué el glorioso comienzo de una serie de sangrientos combates que cada dia se libraron contra los restos del cuerpo de Macdonald en su huida desde el

Katzbach al Bober y al Queis, hasta que Blucher pudo dar, el día 1.º de setiembre en Lowenberg, aquella famosa orden del dia en que decia: «Silesia está libre de enemigos! 103 cañones, 250 carros de municiones, los hospitales del enemigo, sus fraguas de campaña, sus carros de harina, un general de division, dos generales de brigada y un gran número de coroneles y de oficiales, 18,000 prisioneros, dos águilas y otros trofeos están en vuestro poder (2).» Los res-

(1) Droysen, *York*, tomo III, pág. 55.

(2) El texto íntegro de la orden del dia puede verse en Colomb:



tos dispersos y desalentados del cuerpo de Macdonald se dirigieron hambrientos, desarmados, haraposos y heridos hacia Dresde pasando por sendas extraviadas (1). Respecto del efecto producido por esta batalla en el cuartel general del ejército, donde reinaba cierta confusión, dice Muffling, á la sazón coronel y primer ayudante de Blücher: «En un día cesaron las disidencias y los disgustos que minaban al ejército de Silesia, no formulándose ni una sola queja y no observándose el menor descontento en los siete meses que siguieron hasta su disolución que tuvo efecto despues de la paz (2).»

Napoleon emprendió todavía un ataque sobre Berlín, dando para este objeto «al mas valiente de sus valientes,» al mariscal Ney, 70,000 hombres; pero á pesar de tan formidables fuerzas, sufrió el día 6 de setiembre en Dennewitz, no lejos de Iuterbogk, una derrota que le causaron los prusianos de los generales Bulow y Tanenzien, y que por lo terrible solo puede ser comparada con la de Macdonald en el Katzbach (3).

Tres dias despues firmó el conde Metternich, en Teplitz, con Nesselrode y Hardenberg un tratado en virtud del cual los tres monarcas se obligaban á mantener como objetivo de su guerra de coalición el siguiente programa:

1.° Restauración de las monarquías austriaca y prusiana dentro de unas fronteras que se aproximarán lo mas posible á las que tenían en 1805.

2.° Disolución de la confederación del Rin é independencia entera y absoluta de los Estados intermedios, comprendidos entre los límites de las monarquías austriaca y prusiana restauradas, según lo antes indicado, por un lado, y el Rin y los Alpes, por otro.

3.° Restitución de Hannover y de sus demás posesiones alemanas á la casa de Brunswich-Luneburgo.

4.° Arreglo amistoso entre las tres cortes de Rusia, Austria y Prusia respecto de la suerte futura del ducado de Varsovia (4).» Además había un artículo secreto que decía: «Restablecimiento de los países que están unidos á Francia bajo el nombre de 32.ª división. Restablecimiento de las provincias y países alemanes que están en poder de príncipes franceses.»

En las palabras «independencia entera y absoluta» se contenía la fórmula mágica que garantizaba la conversión de los reyes de Baviera y Wurtemberg, que entonces formaban parte de la confederación del Rin, en cuanto perdieran la fe en la duración del poder universal de Napoleon.

El rey Maximiliano José de Baviera se separó de la alianza con Napoleon en un momento en que todavía podía hacer pasar su resolución á los ojos de los aliados como un acto meritorio. Atraído por una carta muy atenta del emperador Alejandro, fechada en 31 de agosto (5), manifestó por escrito al emperador Napoleon, en uno de los primeros dias de setiembre, que no podía continuar por mas tiempo aliado con Francia contra el interés y la voluntad de su país; despues de lo cual dió á su general, el conde Wrede, plenos poderes para entrar en negociaciones con el príncipe de Reuss que mandaba el cuerpo austriaco que se encontraba en la frontera bávara. Para entrar en el terreno en que á la sazón se colocaba no le era dado valerse de su ministro el conde

Blücher en las cartas de las campañas de 1813 á 1815. Stuttgart, 1876, páginas 41-42.

(1) Odeleben, pág. 288.

(2) Para la historia de la guerra, tomo I, pág. 41.

(3) Plötho, tomo II, pág. 166.

(4) Martens: *Recueil des traités et conventions*, tomo III (San Petersburgo, 1876), pág. 123, tomo VII, pág. 110.

(5) Heilmann: *El feld-mariscal príncipe Wrede*, Leipzig, 1881, página 258.

Montgela, pues los aliados le miraban, y no sin razón, con cierta desconfianza. Este ministro no era partidario de una conversión, sino simplemente de una neutralidad expectante, y opuso hasta el último momento á la alianza en que insistían como condición necesaria los aliados una resistencia que solo logró al fin vencer Wrede acosando personalmente al rey. En el tratado que en 8 de octubre firmó Wrede en Ried con Enrique XV, príncipe de Reuss (6), obligábase Baviera á tomar parte en la guerra con 36,000 hombres, recibiendo en cambio, además de formales promesas de indemnizaciones por las pérdidas que había de ocasionarle la creación de una frontera militar adecuada en la parte de Austria, un artículo adicional secreto que contenía las siguientes palabras: «Las dos altas partes contratantes consideran como fin principal de sus esfuerzos en la presente guerra la disolución de la confederación del Rin y la independencia entera y absoluta de Baviera, de suerte que, desligada y sustraída á toda influencia extranjera, goce de la plenitud de su soberanía.»

Entretanto Blücher, despues de una larga permanencia en Bautzen que le sirvió para reparar el equipo de su ejército, emprendió con éste aquella marcha á la derecha hacia el Elba que completó, con un hecho verdaderamente atrevido, la ejecución del plan de guerra de Trachenberg.

Esta marcha á la derecha era la ejecución de un plan concebido por Blücher y Gneisenau en el momento en que el ejército principal exigía para su robustecimiento una marcha á la izquierda en dirección á Bohemia. Aquellos generales consiguieron, sin embargo, demostrar que para fortalecer la Bohemia era suficiente el ejército polaco que el general Benignsen conducía á aquel país, al paso que su marcha hacia el Elba era el único medio para traer al príncipe heredero de Suecia al otro lado de este río y, subiendo por su orilla, guiarle hasta ponerle frente á frente de su antiguo señor y maestro (7).

La vanguardia del ejército silesio había rechazado con furia, desde el día 22 de setiembre, tres ataques de Napoleon, y despues del último de estos combates, que se trabó en Bischofswerda y que tuvo por consecuencia la retirada general de los franceses, se dieron en el cuartel general de Blücher, en la tarde del 25 de setiembre, las órdenes oportunas para la marcha hacia el Elba (8). Durante la mañana del 26, en el momento en que se ejecutaban estas órdenes, Benignsen llegaba con 60,000 hombres al valle de Teplitz y el ejército principal bohemio, por su parte, emprendía la marcha á la izquierda por el Erzgebirge hacia Sajonia, pasando por Kommotau, Sebastiansberg, Marienberg y Chemnitz, marcha que obligó á Napoleon á cambiar las posiciones que hasta entonces había ocupado en Dresde por otras que tomó en Leipzig.

El día 3 de octubre la vanguardia del ejército silesio llegó al Elba, en el punto de confluencia del Elster, no lejos de Wittenberg: pasado el río, el indomable deseo de luchar que sentían los prusianos fué causa de que en las aldeas de Bleddin y Wartenburg se trabara un combate en extremo sangriento, en el cual así las tropas de línea como las milicias rivalizaron en arrojo cubriéndose todas de gloria. El general Horn, á quien Macdonald había llamado en Lievland el Bayardo prusiano, se distinguió en esta batalla de un modo extraordinario, valiéndole su conducta que York le dijera despues de la victoria: «Señor mio, ¡qué hombre sois! A vuestro

(6) El texto en Martens: *Nouveau recueil de traités*, tomo I (Gottinga, 1817) pág. 610.

(7) Pertz: *Gneisenau*, tomo III, pág. 309.

(8) Pertz: *Gneisenau*, tomo III, pág. 375.

lado Bayardo es un bellaco (1).» Durante el desfile de las tropas vencedoras y en el momento en que pasó el segundo batallón del regimiento de la guardia (los colbergueses de Gneisenau), York se quitó el sombrero y lo propio hicieron cuantos le rodeaban, no volviéndose á cubrir hasta que hubo pasado el último hombre. «Ved aquí, — dijo York á sus oficiales, — el valiente batallón á quien todo el mundo debe respetar.» En el banquete que aquella tarde se celebró en el magnífico castillo de Wartenburg, Blücher dirigió un recuerdo á la memoria del gran Scharnhorst, diciendo: «Hoy hemos dado, á Dios gracias, un buen paso en la senda de la liberación de la patria, pero el que mas ha hecho en este sentido no se encuentra ya entre nosotros. Yo no soy mas que un obrero que ha ejecutado el trabajo que le había sido confiado, pero el que todo lo ha preparado de manera que todos juntos podamos cooperar al éxito es vuestro padre, — y al decir esto se dirigió al teniente Scharnhorst. — Permittednos que brindemos todos á su memoria.»

El primer resultado de este paso del río, conseguido á fuerza de sangre, fué que al día siguiente los suecos, los rusos y los prusianos del ejército del Norte pasaron simultáneamente el Elba por Aken, Roslau y Coswig y las masas de tropas aliadas procedentes del Norte y del Sur se arrojaron sobre la llanura de Leipzig con el intento de envolver allí al enemigo dentro de un extenso arco y de trabar con él una última y decisiva lucha.

Siguiendo el plan trazado en 13 de octubre en el gran cuartel general de Altenburgo (2), avanzaron los aliados el día 16 del propio mes por el Norte y por el Sur de Leipzig dispuestos á emprender el ataque. El príncipe Schwarzenberg había publicado el día anterior, en su cuartel general de Pegau, junto al Elster, una orden del día en que decía: «¡Rusos! ¡prusianos! ¡austriacos! Luchais por una causa única: luchais por la independencia de vuestros hijos, por la inmortalidad de vuestros nombres. ¡Todos para cada uno! ¡Cada uno para todos! Inaugurad la lucha santa con estas invocaciones sublimes y viriles: permaneced fieles á ellas en la hora decisiva y el triunfo es vuestro.» Su plan de ataque no dejaba de ser atrevido y en él se asignaba la parte mas difícil á sus austriacos, pues mientras los rusos y los prusianos debían atacar á Napoleon por vanguardia y retaguardia, pensaba Schwarzenberg caer con los austriacos sobre él por el flanco derecho cortándole de esta suerte la retirada. A este objeto, el cuerpo del conde Giulay debía tomar desde Markranstadt el paso de Lindenau, mientras Schwarzenberg pensaba apoderarse en Connewitz del paso del río Pleisse y con él del camino que conducía á la retaguardia del ala derecha enemiga. Pero no se había contado con las impenetrables selvas y con los pantanos intransitables que poblaban la extensión comprendida entre el Elster y el Pleisse y que permitían que un defensor resuelto pudiera oponer resistencia á fuerzas cuatro y cinco veces superiores. El resultado fué que el día 16 no pudieron ser tomadas ni Lindenau ni Connewitz y que las fuerzas que en estos puntos combatieron con grandes pérdidas hicieron falta en la derecha del Pleisse, donde tenía el enemigo el grueso de sus fuerzas y donde los aliados que le atacaban estaban en minoría. Con el nombre de batalla de Wachau se designa el conjunto de combates que se trabaron el día 16 de octubre en Markkleeberg, Wachau, Liebertwolkwitz y en el Kolmberg para desalojar á Napoleon de sus principales posiciones. Los prusianos del general Kleist se apoderaron de Markkleeberg y se mantuvieron en ella no sin grandes esfuerzos y sensibles pérdidas. Los rusos del he-

roico príncipe Eugenio de Wurtemberg asaltaron á Wachau, pero fueron rechazados por fuerzas muy superiores mandadas por el mismo Napoleon. Este contratiempo tuvo por consecuencia que la tercera columna de ataque del príncipe Gortschakoff II no pudo desplegarse y tuvo, por el contrario, que retirarse á Guldengossa, mientras los austriacos del general Klenau, que al principio habían subido al Kolmberg y ocupado á Liebertwolkwitz, eran á su vez rechazados por Macdonald (3). A las cuatro de la tarde, Napoleon creyó ganada la batalla y su victoria completa parecía segura si conseguía traer al campo de batalla á los cuerpos de Souham y Marmont, que se encontraban al Norte de Leipzig. Pero esto era imposible, pues el ejército de Blücher se mantenía firme y derrotó por completo á uno de aquellos.

En el camino real que, á la derecha del Elster, conducía de Halle á Leipzig, el general York se encontró á las tres de la tarde y junto á la aldea de Mockern con el cuerpo del mariscal Marmont. Este había acumulado en las alturas que se alzaban detrás de la aldea grandes masas de artillería que sostuvieron un fuego terrible contra las tropas de York; pero á pesar de esto los batallones prusianos se lanzaron con temerario arrojo contra esta aldea, cada una de cuyas casas, cada muro de sus huertos estaban fortificados como baluartes y tenazmente defendidos por los granaderos franceses. Cuatro veces entraron los prusianos en ella y otras tantas fueron rechazados entre olas de sangre, pero al quinto asalto lograron sostenerse, pues entretanto la caballería, dispersando todos los batallones, se había introducido en las baterías de las alturas, había acuchillado ó hecho huir á los artilleros que las servían y se había apoderado de la mitad de las piezas. El general Hunerbein, hablando de los prodigios de valor que allí se realizaron, dijo en su memoria: «Lo que las poesías históricas nos cuentan del valor de los espartanos, todo cuanto el pincel del artista pueda pintarnos acerca de la bravura de los romanos está muy por debajo de lo que se vió en esta batalla. ¡Quién no se siente poseído de agradecida conmoción al recordar á un coronel Borcke, á un mayor Othegraven y á un mayor Krosigk, gloriosamente muertos, puestos al frente de sus columnas de ataque, lanzándose, en medio del granizo de metralla, del mortífero silbido de las balas y de los atronadores estallidos de las granadas, por entre las filas enemigas llevando la muerte y la destrucción á las filas de los que se defendían! ¿Puede haber actos de intrepidez y de abnegación mas sublimes que el del teniente Sellin, el cual con el teniente Favrat y con siete soldados rasos se arrojó en medio de un cuadro enemigo que se retiraba con orden y se apoderó de un cañón con todo su atalaje; que el del teniente Eberhardt, el cual, derribado durante el ataque por un casco de metralla y pisoteado por su batallón, antes de que éste llegara delante del enemigo se le reunió jadeante con una grave herida en la cabeza y exclamando: «No, hijos, también yo he de pelear con el enemigo;» que el del teniente Arnstad, el cual, en un momento en que los batallones, que en desorden perseguían al enemigo, se encontraron con el ala izquierda de la 7.ª brigada se comprometió con el teniente Reichenbach del batallón de milicianos á ser ellos dos los primeros en penetrar en el cuadro enemigo mas inmediato, como realmente lo fueron? Un general en jefe debiera poseer la mirada de un Dios para, en una ocasión tan solemne como la de una batalla poder presenciar todas las hazañas de cada uno: la modestia alemana hace que muchas permanezcan ocultas, de lo contrario podríanse llenar con ellas tomos enteros (4).»

(3) Beitzke, tomo II, pág. 467.

(4) Droysen: *York*, tomo III, págs. 164-165.

(1) Pertz: *Gneisenau*, tomo III, pág. 416.

(2) Pertz: *Gneisenau*, tomo III, págs. 450-452.